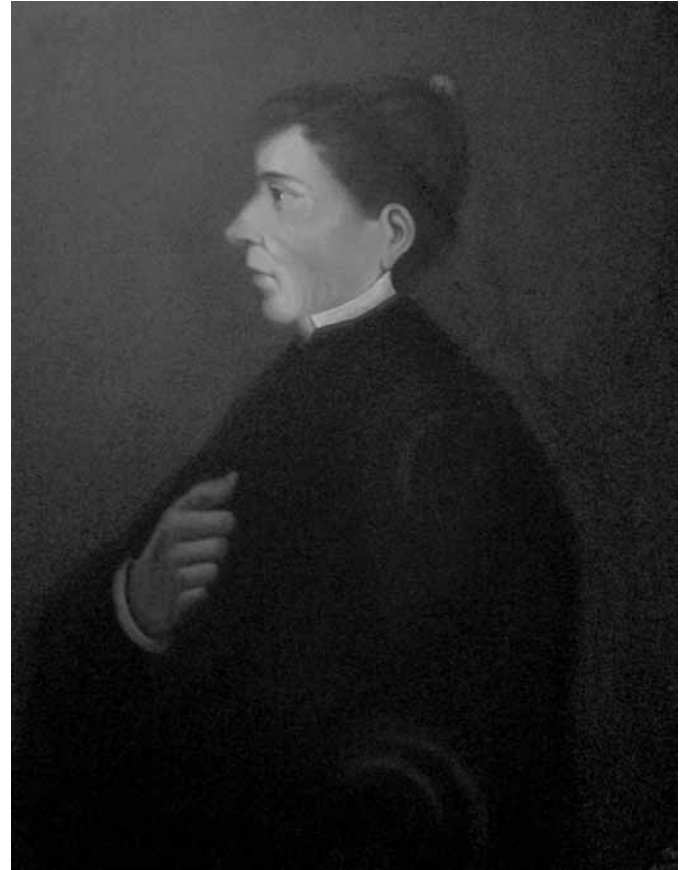


EL BOLIVARIANISMO EN MÉXICO

Tomás Straka

El 13 de marzo de 1824, los diputados del congreso constituyente mexicano proponen la carta de ciudadanía para Simón Bolívar. Cinco días más tarde el honor ya era un hecho: el Libertador y presidente de dos países, entonces en la cúspide de su poder y de su prestigio como presidente de la Gran Colombia y dictador del Perú, era también, a partir de ese momento, ciudadano mexicano. Aunque pudiera entenderse como otra de las tantas muestras de admiración que por esos días le tributaban los liberales y los revolucionarios de Europa y América, esta vez se trataba de algo más sustancial, tanto en lo ideológico como en lo geopolítico. Bolívar siempre consideró a México como uno de los centros de gravitación del Nuevo Mundo, por lo que el reconocimiento mutuo y la alianza con la nación azteca desde el principio figuró como un punto esencial de su agenda diplomática; en este sentido, lo resuelto auguraba un camino promisor para su buen suceso. Del mismo modo, su oposición al monarquismo, que identificó en la corona de Agustín I una de sus manifestaciones más peligrosas e indeseables —y que en el representante de Colombia ante su corte, el veracruzano Miguel Santamaría, tuvo un activo agente¹— se vio claramente recompensada con aquel gesto de los constituyentes.

En aquella sesión, Fray Servando Teresa de Mier pronunció ante los congresistas uno de los más encendidos elogios que del caraqueño se han hecho². Es un texto, además, que pudiera considerarse el inicio de lo que pudiéramos llamar el *bolivarianismo* mexicano. Aunque ya hombres como Vicente Rocafuerte habían hecho propaganda del modelo de constitución grancolombiano, y tanto la figura del Libertador como sus ideas eran discutidas y admiradas por los republicanos mexicanos, el otorgamiento de la nacionalidad puede considerarse un punto de inflexión. Por eso, más allá de la cautela que la categoría *bolivariano* nos produce por esa extrema ductilidad que la hace



Fray Servando Teresa de Mier, precursor del bolivarianismo mexicano

susceptible de las más variadas interpretaciones (y manipulaciones)³, e incluso de la evidencia de que *los bolivarianismos* suelen tener más de reelaboración posterior que de manufactura directa del Libertador, nos

¹ Cf. Daniel Gutiérrez Ardila, “Iturbide y Bolívar: dos retratos diplomáticos acerca de la cuestión republicana (1822-1831)”, *Revista de Ciencias Sociales*, No. 38, Bogotá, 2011, pp. 47-63; y Felicitas López Portillo (Coord.), *Bajo el manto del Libertador. Colombia, Panamá y Venezuela 1821-2000*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2004.

² Cf. Servando Teresa de Mier, *Ideario político*, Caracas, Biblioteca Ayacucho No. 43, 1978, p. 301.

³ Algunas obras recientes sobre el tema: Nikita Harwich, “Un héroe para todas las causas: Bolívar en la historiografía”, *Iberoamericana*, Año III, No. 10, Berlín, 2003, pp. 7-22; Elías Pino Iturrieta, *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*, Madrid, Catarata, 2003; Germán Carrera Damas, *El bolivarianismo-militarismo. Una ideología de reemplazo*, Caracas, Ala de Cuervo, 2005; Frédéric Langue, “Bolívar, mantuano y héroe. Representaciones y sensibilidades ante el mito republicano”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Coloquios, 2008, puesto en línea el 2 enero 2008. URL: <http://nuevomundo.revues.org/14632> (Consultado el 17 enero 2011); Tomás Straka, *La épica del desencanto. Bolivarianismo, historiografía y política en Venezuela*, Caracas, Editorial Alfa, 2009; Ana Teresa Torres, *La herencia de la tribu. Del mito de la Independencia a la Revolución Bolivariana*, Caracas, Editorial Alfa, 2009. El clásico sobre el tema es: Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar, esbozo para un estudio de historia de las ideas en Venezuela*, aparecido en 1969 y con seis ediciones hasta la actualidad.



Leopoldo Zea

atrevernos a identificar en Fray Servando y Rocafuerte a los iniciadores de una tradición *bolivariana* en México.

Por supuesto, la aducida ductilidad del término genera un problema de enfoque importante en México como en cualquier lado, ya que puede permitir que mucha gente distinta, con causas incluso contrapuestas, entren en la misma tradición. No obstante, después de un cierto sentido inicial en el que exaltar a Bolívar era defender el republicanismo frente a las aspiraciones monárquicas e incluso a su particular proyecto constitucional (de hecho, el *partido boliviano*, como se le llamó en un principio en Colombia, tuvo por tal su primera bandera), esta polisemia no ha sido tan patente entre los mexicanos como, por ejemplo, entre los venezolanos o los colombianos. Aunque sus definiciones de lo *bolivariano* también ha ido por cuenta de la reflexión posterior, por lo menos en la esencia de las distintas versiones se ha mantenido un cuerpo básico de tres aspectos: la búsqueda de la originalidad y la especificidad de la región; la igualdad con el resto del mundo; y la integración de los países latinoamericanos. Obviamente, esto es sólo una parte del ideario de Simón Bolívar, de hecho la menos polémica y en todo caso no la que le granjeó la formidable oposición que lo arrojó del poder en 1830. En los países donde ejerció el gobierno y el partido *boliviano* tuvo una continuidad histórica, sobre todo en Colombia, donde con el tiempo se reconvirtió en el Partido Conservador, *bolivarianismo* ha significado, y aún significa, bastantes más cosas⁴. Ni qué decir en Venezuela, donde se le ha usado alternativamente para combatir o

⁴ Jorge Orlando Melo, "Bolívar en Colombia: la transformación de su imagen", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, No. 363, No. XCI, Caracas, 2008, pp. 7-42



José Vasconcelos

promover el socialismo, para defender la secularización o el clericalismo, la democracia o la dictadura.

Si en algún caso el proyecto de la Emancipación demuestra haber sido reformulado una y otra vez, ajustándolo a los valores y necesidades de cada momento (y no pocas veces de cada bandería), es en el de Bolívar. Eso por una parte lo ha hecho pábulo de ingentes manipulaciones; pero por la otra, demuestra una inserción significativa con las más variadas fases y corrientes del pensamiento latinoamericano. De este modo, mientras Hugo Chávez ve en la construcción del "socialismo del siglo XXI" la ejecución del sueño bolivariano, Antonio Guzmán Blanco lo veía en sus ferrocarriles y Carlos Andrés Pérez con su vocación

internacionalista. Fidel Castro es bolivariano y Gustavo Rojas Pinilla también lo fue. Laureano Gómez y José Enrique Rodó lo fueron. Así como lo fueron Juan Vicente Gómez y José Martí. O el Cardenal José Humberto Quintero y Manuel Marulanda *Tirofijo*. O Laureano Vallenilla-Lanz y Augusto César Sandino. Cada uno consiguió o al menos se las arregló para encontrar algo en Bolívar, para presentarlo como su predecesor o como su inspirador. Pero no por eso —y dejando aparte las obvias manipulaciones y torceduras que un piélagos similar de portavoces supone— deja de haber en el fondo de todos una cierta idea de grandeza nacional, de autonomía frente a los grandes poderes y de integración de eso que hoy llamaríamos Sur, que admiten alguna vinculación con el Libertador.

Tal vez por eso la recepción *mexicana*, básicamente centrada en tres ideas fundamentales: la de las respuestas originales a los problemas latinoamericanos; la de la igualdad con los otros países; y la de la integración, tiene la virtud de ir al meollo y, seguramente, a lo más rico de sus planteamientos. No es poca cosa que dos de los más grandes pensadores de la Revolución —vista en un sentido muy amplio— mexicana, cada uno ubicado en uno de sus extremos cronológicos, hayan sido resueltamente bolivarianos: José Vasconcelos y Leopoldo Zea. A su modo, los dos se inspiran en el gran hombre en su proyecto de buscar una identidad, un lugar propio para Latinoamérica en el mundo, que le permita encontrar su propio camino zafándose de toda dominación. Con sus distancias, en algunos aspectos notables, siguen el camino de estudiar al Libertador para construir una filosofía de la liberación. Y al hacerlo, encarnan mucho de lo más significativo que tuvo en cuanto proyecto la Revolución⁵.

Por supuesto, ni han sido los únicos, ni surgieron de la nada. Una obra ineludible, *Presencia de Bolívar en la cultura mexicana*, de Gustavo Vargas Martínez⁶, nos demuestra la línea de autores y posturas que a lo largo de los últimos doscientos años hicieron suyo el ideario del Libertador y también revela la gran cantidad de oportunidades que aún quedan por explorar. Además, el bicentenario de las independencias de Hispanoamérica llega en un momento de redefinición continental. Aunque en términos matrices los Estados-Naciones que en el período 1808-1830 empezaron a configurarse, parecen haber alcanzado muchos de los ideales con los que fueron concebidos por sus elites (ya son democracias liberales más o menos efectivas; economías de mercado con niveles dispares de desarrollo,

varias de las cuales parecen haber despegado; nacionalidades en vías de cohesión, en unos sitios más que en otros; y al menos la violencia política se ha atenuado o desaparecido en ciertos lugares), también hay otros signos que matizan cualquier balance alentador. Por supuesto, no tanto desde las ilusiones que pudieron haber tenido los hombres de la Independencia en su tiempo, como desde las metas que en las sucesivas reformulaciones de sus proyectos se fueron trazando por dos siglos. La desigualdad, la desindustrialización, la flaqueza institucional, la agresión al medio ambiente, la violencia y el creciente poder de los grupos delictivos, entre otros problemas, a muchos les hacen hablar de “Estados fallidos”.

Ante ello, así como ante el reto de encontrar un norte después del colapso de referentes fundamentales que guiaron por décadas a los latinoamericanos (el socialismo real y el neoliberalismo, al menos tales como se les entendía en la década de 1980), han surgido propuestas alternativas, en ocasiones vinculadas a tradiciones autóctonas, como son las del bolivarianismo y el indigenismo. Más allá de que, efectivamente, puedan tratarse de simples “ideologías de reemplazo” que buscan en lo nacional un sustituto para el socialismo marxista-leninista, tal como los interpreta Germán Carrera Damas, comparándolos con lo ocurrido en Europa del Este, donde se desarrollaron dispositivos similares⁷; tampoco se les puede negar algún componente de sincero reencuentro con ciertos valores sentidos y entendidos como propios. El uso ulterior de los mismos, o su distancia con los valores democráticos que inquieta a Carrera Damas y a muchos más, ya entra en otras consideraciones.

De allí la importancia de analizar los encuentros y reacomodos entre la doctrina inicial y sus reelaboraciones posteriores, su esencial ubicación dentro del marco de lo más auténtico, representativo y raigal del pensamiento de la región; y de aquello que permite su vigencia, así como de las oportunidades y amenazas que la misma trae. Hacerlo desde México es, además, hacerlo desde uno de los centros más vigorosos e influyentes —en lo político, en lo académico— del quehacer intelectual latinoamericano. Es una propuesta que queda abierta y que vale la pena trajinar. Una que puede decirnos mucho de lo que estamos siendo en esta hora, de los peligros que nos acechan y de lo que en definitiva lograremos ser. ■

⁵ José Vasconcelos, *Bolivarianismo y monroísmo: temas iberoamericanos*, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1934; y Leopoldo Zea, *Simón Bolívar. Integración en la Libertad*, México, Edicol, 1980; y *Filosofía de la historia americana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978. Cf. Alberto Saladino García, “El proyecto bolivariano en el pensamiento de Leopoldo Zea”, <http://juanfilloy.bib.unrc.edu.ar/completos/corredor/corredor/comi-a/SALADGAR.htm> (enero 2011)

⁶ Gustavo Vargas Martínez, *Presencia de Bolívar en la cultura mexicana*, CCYDEL, UNAM, Embajada de Venezuela en México, 2005.

⁷ Germán Carrera Damas, *El bolivarianismo-militarismo. Una ideología de reemplazo*, Caracas, Ala de Cuervo, 2005.

Tomás Straka (Caracas, 1972). Historiador venezolano. Profesor egresado del Instituto Pedagógico de Caracas, Magister en Historia (Universidad Central de Venezuela) y Doctor en Historia (UCAB). Es investigador del Instituto de Investigaciones Históricas “Hermann González Oropeza, sj”, de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) y director de las Maestrías de Historia en la misma universidad. Autor, entre otros, de los siguientes libros: *La épica del desencanto. Bolivarianismo, historiografía y política en Venezuela* (2009); *Un reino para este mundo. Catolicismo y republicanismo en Venezuela* (2006); *Hechos y gente. Historia contemporánea de Venezuela* (2001); *La voz de los vencidos. Ideas del partido realista de Caracas, 1810-1821* (2000).